

Una aproximación al panorama de las publicaciones periódicas literarias mexicanas (1950-1995)

Sumergirse en el mundo de las publicaciones periódicas culturales proporciona la oportunidad de presenciar la redacción de la Historia de la Literatura. En el caso de Hispanoamérica, donde se ha producido una auténtica explosión de revistas literarias desde los años cuarenta, es casi inmediato considerar estas publicaciones imprescindibles para un conocimiento profundo de la literatura de los países latinoamericanos.

Del éxito de la sociocrítica en los años sesenta se desprendió una mayor atención hacia el papel determinante de las revistas y prensa periódica como único vehículo para la difusión de la producción de creadores y críticos sin acceso a otros medios, punto de encuentro e interrelación de las diferentes artes, o plataforma para la introducción y consolidación de renovaciones artísticas. En este sentido, constituyen una fuente imprescindible para rescatar producción crítica y literaria que nunca fue recogida en libros, y que de otro modo sufriría el mismo desenlace que su frágil soporte.

En torno a las revistas surgen además grupos de identidad común que constituirán después «generaciones» representantes de diversas tendencias. La obra más reciente, nacional o internacional, llega a los lectores de manera inmediata a través de sus páginas, influyendo en la creación contemporánea y modelando gustos.

Finalmente, estas publicaciones periódicas plasman, por su misma fugacidad, los valores y los gustos cambiantes que determinan qué autores y obras se eternizan en la Historia de la literatura. La ideología y los objetivos de la revista que reúnen y dan identidad a un grupo, el éxito de difusión, los apoyos particulares o institucionales a las publicaciones, el protagonismo que se le otorga al crítico o al creador, son aspectos fundamentales que arrojan luz sobre el panorama literario de una época. La presencia reiterada de algunos nombres en diferentes consejos de redac-

ción, puede ser otro dato significativo, síntoma de un aprovechamiento exclusivo del medio editorial por parte de un grupo. A menudo los propios directores las utilizan para divulgar su propia obra o la de sus amigos. Las revistas independientes, de hecho, nacen con frecuencia para ayudar a los nuevos autores a difundir su producción. Admiten textos de amigos y jóvenes que no pueden acceder a publicaciones más elitistas. Sus índices de calidad no son siempre altos, pero reflejan fielmente el pensamiento y el sentir del momento. Son el medio fundamental de expresión de las nuevas tendencias. En cambio, una revista respaldada por alguna institución, da normalmente voz a autores consagrados que no suponen un riesgo para los editores, y difunde textos más ideológicos y tradicionales. Ambos tipos de publicaciones son material imprescindible para acercarse a la compleja realidad cultural que caracteriza a este siglo.

Una investigación apoyada en fuentes socio-culturales, como son las revistas, aporta siempre información extrínseca al propio objeto de estudio. Es así que habría que diferenciar entre las ideas extraídas que afectan intrínsecamente a la literatura, y aquéllas que contribuyen a vislumbrar el contexto en el que se produce el hecho literario. Las primeras subyacen en los juicios que los críticos ofrecen en sus artículos, referentes a la producción literaria del momento. Las segundas, extrínsecas, son aquéllas que se pueden leer entre líneas, en esos mismos juicios, o en comentarios de los editoriales, que descubren aspectos extraliterarios del mundo cultural al que pertenecen estos críticos: amiguismos, diferencias personales, envidias. Las omisiones, los autores que no figuran en sus páginas, a pesar de haber llegado su nombre hasta nuestros días, y los que fueron incluidos pero cayeron en el olvido, son datos vinculados directamente a la injerencia del contexto en la literatura, y al poder desvirtuador del crítico, con su apoyo o rechazo a un autor determinado; en algunos casos, la calidad de la obra se sobrepondrá a los intentos descalificadores del crítico, y se integrará en las páginas de la historia, pero, en otras ocasiones, no podrá combatir a su desigual enemigo, quedando relegada al silencio.

En el caso concreto de México, se hace imprescindible el rastreo de las principales revistas literarias desde los años cincuenta hasta ahora, para acercarse al panorama de la literatura mexicana contemporánea.

Edmundo Valadés, reconocido maestro del cuento y uno de los principales promotores culturales de México en esta segunda mitad de siglo, resaltaba los años cincuenta como época decisiva en el proceso floreciente de la literatura mexicana del siglo XX. Confluyen en esos diez años «una sucesión de circunstancias, casi encadenadas entre sí, que van a propiciar la maduración, el advenimiento o la revelación de una generación de escritores muy bien dotados, con clara conciencia de su oficio»¹. Las tendencias que se gestan en

¹ Edmundo Valadés: «Esbozo de Juan Rulfo», revista *El Cuento*, núm. 97, México, D. F., 1986.

esta década evolucionan y culminan en los años sesenta, cuando surgirá una generación de autores de tal peso que su influencia se dejará sentir hasta nuestros días; los jóvenes autores de hoy se reconocen sus herederos directos.

Los años cincuenta, en especial, fueron decisivos por el estímulo que recibió la literatura gracias a la labor de revistas como *América*, dirigida por Efrén Hernández, que difundía la obra de las nuevas generaciones, o del suplemento cultural «México en la Cultura», la publicación periódica literaria más importante de aquellos años. Bajo la dirección de Fernando Benítez, fue uno de los agentes críticos más eficaces y contundentes, y acaparó la producción ensayística y creativa de los mejores autores nacionales e internacionales. Llegó a alcanzar la mayor difusión de este tipo de publicaciones en México, lo que motivó el carácter social de muchos de sus artículos (llamadas a la paz y a la supresión de armamentos atómicos), aunque no descuidó la información sobre los nuevos valores literarios. Sus colaboradores constituyeron uno de los grupos más cerrados del ambiente cultural, y desataron envidias y rencores no siempre profesionales. La atención que prestaron a la literatura extranjera contemporánea fue definitiva para la evolución de las tendencias que se iban gestando en la literatura nacional.

Otras importantes revistas vieron la luz en esta década: *Las Letras Patrias*, en 1954, dirigida por Andrés Henestrosa, recupera la tradición literaria mexicana del siglo XIX; la *Revista Mexicana de Literatura*, fundada en 1955, cumple el papel de integrar la literatura europea y estadounidense en la tradición nacionalista, en el marco de la polémica «cosmopolitismo-nacionalismo» que afecta especialmente a estas décadas; en el mismo año, *Metáfora*, de Jesús Arellano, denuncia los defectos del ambiente cultural escindido en grupos férreos, y lanza violentos ataques a algunos de ellos; *Estaciones*, fundada un año después por Elías Nandino, participará en esa censura, pero su valor fundamental estará en el apoyo que ofrecerá a los jóvenes. *Universidad de México*, nacida a finales de la década anterior, desempeña también en los años cincuenta un papel fundamental para la difusión de la cultura, aunque orientada especialmente a las actividades universitarias, sin prestar demasiada atención a la obra de los nuevos creadores —tan sólo una vez al año se les dedica un número—, y dando prioridad a las reseñas bibliográficas. Su labor será así más informativa que creativa. Durante la década de los sesenta, por su parte, es necesario destacar el papel de la revista *El cuento*, fundada y dirigida por el maestro Valadés hasta su muerte, que desde sus comienzos en 1964 hasta hoy ha sido un importante apoyo para la difusión del cuento mexicano y universal. Varias de las publicaciones periódicas de los cincuenta y sesenta daban prioridad a la narrativa breve en sus páginas, signo del auge que experimenta este género desde mediados de siglo.

Otras revistas de los sesenta merecen ser mencionadas: *El rehilete*, dirigida por un grupo de cinco escritoras, presta atención a la narrativa breve mexicana contemporánea; *S.nob* hereda en cierta forma el espíritu y el

equipo colaborador de *Revista mexicana de literatura* encabezado por Salvador Elizondo; *Diálogos*, dirigida por Ramón Xirau, da especial relieve al ensayo; *Cuadernos del viento* es hija del característico afán de Huberto Batis por promover a los jóvenes escritores; por último, aunque sin agotar una lista que es en sí misma digna de estudio, es imposible dejar de citar *El corno emplumado*, revista bilingüe dedicada exclusivamente a la difusión de la poesía contemporánea mexicana y universal. A pesar de la breve vida de la mayoría de ellas, desempeñaron un papel fundamental en la difusión de la literatura del momento. Sólo *Diálogos*, al convertirse en publicación de El Colegio de México, conseguirá superar la barrera de la década.

Por otro lado, es ahora cuando se producen los primeros brotes de un fenómeno que caracterizará plenamente a los setenta: la aparición de talleres literarios en torno a algún escritor de renombre que comparte sus conocimientos y experiencia con los jóvenes talentos. De la mano de estos talleres, como única vía para la difusión de los textos de estos incipientes escritores, surgen revistas que alcanzarán, en ocasiones, altos grados de calidad y regularidad. *Mester*, revista del taller de Juan José Arreola, y *Punto de Partida*, iniciativa de la Universidad Nacional Autónoma de México, anuncian una tendencia que culminará en los años setenta y ochenta, con publicaciones tan representativas como *El zaguán*, *Estertor*, o *La tala-cha*, antecedente de *Tierra Adentro*.

Las revistas, como producto socio-cultural, se ven afectadas por las polémicas de la época que marcan el desarrollo de la literatura, y constituyen un interesante espejo del contexto que les da vida. Una disyuntiva, anunciada páginas atrás, divide el panorama cultural mexicano en los años cincuenta y parte de los sesenta: el nacionalismo o cosmopolitismo de los escritores condiciona la producción literaria del momento y agrupa férreamente a sus representantes en revistas de una tendencia u otra. Un grupo esgrime la ideología como su bandera, y no acepta más literatura que la comprometida con el medio mexicano; el otro, propugna el cultivo del arte por el arte, potenciando un elitismo cultural que recibirá duras críticas entre los grupos marginados por estos criterios de selección.

Cuadernos Americanos es la revista más representativa del primer grupo, en el que también se pueden encuadrar *Abside*, muy conservadora, *Metáfora* y *La Palabra y el Hombre*, abiertamente indigenista. Por otro lado, *Revista Mexicana de Literatura*, «México en la Cultura», *Prometeus* y, al final de su vida, *Estaciones*, son algunas de las publicaciones más elitistas. Las dos primeras, además, ejercieron tal monopolio cultural que se granjearon la calificación de «mafia» entre los perjudicados. Los más importantes críticos y creadores estaban vinculados a ellas, y los apoyos económicos institucionales, becas² y subsidios, eran acaparados por sus colaboradores.

² Es significativo que las becas concedidas por el Centro Mexicano de Escritores durante los años cincuenta estén repartidas entre los miembros de las más importantes revistas:

Jesús Arellano, desde la dirección de *Metáfora*, dedica sus páginas a censurar esta «burocratización» de la cultura, con duros ataques a los miembros del monopolio: monopolio cultural que caracteriza a México a lo largo de todo este siglo, especialmente desde que López Mateos empieza a intervenir en los círculos literarios con subvenciones, becas y apoyos a determinados grupos y sus correspondientes revistas. Se arraiga la burocratización de la cultura y se acrecientan las envidias y «amiguismos» intelectuales. En este panorama de grupos divididos por su relación con el gobierno, es más fácil la radicalización de posturas en torno a las ideas defendidas, sirviéndose para ello de alguna revista-trinchera que vehicule esta ideología. Cuando Díaz Ordaz llega al poder en 1964 «imponiendo» el nacionalismo desde sus posiciones privilegiadas del ambiente cultural (especialmente desde la Universidad), la «cuestión nacional» es esgrimida ya como definición de grupo y condiciona el éxito de la producción intelectual. Las principales instituciones culturales, el Instituto Nacional de Bellas Artes, la Universidad, la Casa del Lago, y el Centro Mexicano de Escritores, fueron el principal blanco de sus ataques. Sus directores, miembros en su mayoría de los consejos de redacción de revistas de criterio abierto y cosmopolita, fueron destituidos. Algunas de estas publicaciones sufrieron a su vez cambios en sus equipos de redacción; es el caso de «México en la Cultura» y la expulsión de su director, Fernando Benítez, o de la revista *Universidad de México*, donde Juan García Ponce fue sustituido por Gastón García Cantú. Incluso algunas editoriales pagaron las consecuencias de su apoyo a determinados autores extranjeros, o nacionales «contaminados»: el Fondo de Cultura Económica perdió su director, Arnaldo Orfila Reynal, a quien apoyaron todos los intelectuales perseguidos.

La difusión de la cultura pasó momentos difíciles. La literatura y las publicaciones periódicas en que se apoyaba para su divulgación, reflejaron la radicalización de las posturas enfrentadas, culminando en la desaparición de varias de estas publicaciones que perdieron su subsidio al defender a los estudiantes tras la matanza de Tlatelolco en 1968.

En estos momentos se consagrará una tendencia que había ido cobrando forma desde mediados de siglo: la vida cultural quedará ligada a los sexenios presidenciales:

... Un día hay un buen promotor cultural. Viene un nuevo gobernador y, sin averiguar si el trabajo que se hizo es bueno o no, hace a un lado a los funcionarios culturales. Llega con su nuevo gabinete y a empezar de cero otra vez.

Carlos Fuentes, Enmanuel Carballo, Elena Poniatowska, Rosario Castellanos, Tomás Mojarro, Juan García Ponce, Emilio Carballido, Sergio Galindo... Es indudable la calidad de cada uno, que amerita por sí misma la beca (Rulfo y Arreola también la disfrutaron), pero no deja de ser una prueba de la presencia constante del mismo grupo en todas las actividades culturales.

afirma Víctor Sandoval³, director, durante el sexenio pasado, del Instituto Nacional de Bellas Artes, donde llevó a cabo varios proyectos para promover la creación artística en México.

Desde una perspectiva puramente literaria, la función de las revistas en estas dos décadas consistió en la divulgación de la obra creativa de autores jóvenes —publicaciones independientes, de iniciativa particular, como *Estaciones*, *Cuadernos del viento* y *Mester*—, o ya consagrados —revistas institucionales o fuertes económicamente, como *Revista de Literatura Mexicana* o «México en la Cultura». Más adelante, las publicaciones surgidas a partir de la profusión de talleres literarios de los setenta y ochenta, continuarán esta línea divulgadora. *Cartapacios* (1979-84) y *Los universitarios* (1973, hasta hoy) comparten el mismo espíritu.

Algunas publicaciones periódicas culturales surgieron para cubrir la necesidad de crítica intelectual seria, ausente del panorama cultural mexicano durante décadas, salvo figuras aisladas como Alfonso Reyes o Antonio Castro Leal, en los cincuenta. *Poesía y Letras*, *Las letras patrias*, *Revista de Bellas Artes* o *Cuadernos del viento* fueron algunas tentativas. Sólo la *Revista mexicana de literatura* y «México en la cultura» consiguieron elevar la calidad de los ensayos críticos, todavía breves. La crítica literaria consistía casi exclusivamente en reseñas bibliográficas de jóvenes sin preparación profesional y con necesidad de dinero, o anuncios de futuras ediciones acompañados de sencillos juicios —con fines publicitarios— sobre ellas. Excepcionalmente, eran artículos que analizaban la situación de la literatura, sus representantes o sus características, espacios reservados por los jefes de redacción para críticos maduros, que adolecían de ciertos defectos: doctrinarismo político, propaganda editorial, conveniencias sociales (elogios mutuos entre determinados grupos) o adulación a los «mecenas». Por estas imperfecciones, el lector prefería las notas bibliográficas a las críticas, y no recibía educación en las revistas.

El crítico joven terminaba ocupándose de cualquier tema, ya fuera teatro, poesía, cuento, filosofía, política, ciencia, o economía. Según Huberto Batis, los más jóvenes

acaban prostituyéndose: cada semana fabrican varias reseñas, cuando es imposible que hayan podido hojear los libros; hablan de ediciones de clásicos basándose en el arsenal de sus enciclopedias de literatura extranjera, recreando las críticas aparecidas en las revistas internacionales de obras mexicanas, fusilándose las críticas aparecidas, las solapas o las opiniones pescadas en cafés o cócteles literarios⁴.

³ Myriam Moscona: «Itinerario de una revista. Entrevista a Víctor Sandoval». *Tierra Adentro*, núm. 47, mayo-junio 1990, p. 5.

⁴ Huberto Batis: *Lo que Cuadernos del Viento nos dejó*, Editorial Diógenes, México, D. F., 1984, p. 138.

Es una crítica basada en las lecturas y el gusto personal de cada autor; intuitiva, formada en la conversación sin fructificar por escrito, y apasionada, dirigida a los autores más que a sus obras. De ahí la subjetividad de juicios motivados por simpatías o rechazos personales.

A cargo de estos jóvenes estaba la responsabilidad de modernizar la cultura mexicana mientras se improvisaban intelectualmente a sí mismos. Fue la generación surgida a mediados de los cincuenta y afianzada en los sesenta la que tuvo que continuar la tarea desempeñada por el «Ateneo de la Juventud» y los «Contemporáneos» en la segunda década del siglo, y por la generación de *Taller* y *Tierra Nueva* en los treinta y cuarenta: figuras como las de Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, Octavio Paz, José Revueltas, José Luis Martínez y Alf Chumacero son sustituidas por el grupo que nace en torno a la *Revista Mexicana de Literatura*, sobre todo, pues fue la primera en abrirse internacionalmente y formar los escasos críticos de la época: Enmanuel Carballo, en un primer momento, Carlos Fuentes, Antonio Alatorre, Tomás Segovia, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, José de la Colina, Jorge Ibarguengoitia, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis o Huberto Batis.

En estas circunstancias, es lógico que la crítica literaria no cumpliera plenamente su labor educadora de gustos, y condicionadora de éxitos o fracasos. Labor sí desempeñada, en cambio, por los críticos no profesionales y sus preferencias personales, nada objetivas. Su campo de acción, sin embargo, era limitado: no influía sobre el lector porque éste era el propio escritor; no existía el lector masa. Este lector-escritor tenía sus propias preferencias bien marcadas, que coincidían, generalmente, con los miembros de su grupo.

Sin embargo, el peso de la crítica aumentará progresivamente. La figura del crítico hacedor y deshacedor de mitos literarios, generaciones y corrientes, nace en México en estos años sesenta. Pero el ejercicio profesional de una crítica literaria de calidad será conquista de las últimas décadas. *Cuadernos Americanos*, *Abside*, *La palabra y el hombre*, *Nivel*, *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, *Universidad de México* y *Diálogos*, contribuyen a lo largo de su regular aparición (algunas hasta nuestros días) a la formación de una crítica literaria fundamentada y profunda. *Plural*, fundada por Octavio Paz en 1971, marcará el inicio de una etapa caracterizada por el protagonismo de unas cuantas publicaciones periódicas que acaparán el panorama crítico hasta hoy en día. *Vuelta*, fundada en 1976 y dirigida desde entonces por el mismo Paz, y *Nexos*, fundada en 1978 por Enrique Florescano, pero dirigida desde 1982 por Héctor Aguilar Camín, se convertirán en los dos polos en torno a los cuales gira la cultura mexicana contemporánea. Polarización que implica además un posicionamiento ideológico, como ya se había observado en otros momentos de la historia cultural reciente comentada en estas páginas. Esto no significa que no existan otras publicaciones alternativas, que escapan a esta simplificación, pero no tienen

la difusión y el peso nacional e internacional de estas dos. La labor crítica de estas revistas, en cuyas páginas se reúnen casi todos los escritores, pensadores y profesores de México y otros países latinoamericanos y europeos, se complementa con el ejercicio profesional de la crítica adscrito a las distintas universidades, El Colegio de México y la Academia, y desempeñado a través de algunas revistas imprescindibles en el campo de la investigación filológica, como es la ya clásica *Nueva Revista de Filología Hispánica* de El Colegio de México, o *Literatura Mexicana*, creada en 1990 por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Otras revistas universitarias —*Universidad de México*, y *La palabra y el hombre*, dos de las publicaciones periódicas más regulares y antiguas de México, y *Casa del tiempo*, fundada en 1980, pero de calidad ya claramente demostrada— complementan con muestras de producción literaria la sección ensayística que predomina en las dos publicaciones universitarias citadas en primer lugar.

La aportación de esta crítica literaria académica se complementa con la labor del escritor-crítico, más intuitivo, y con el comentario periodístico, más incisivo e inmediato. De esta manera se perpetúa un hecho característico del panorama cultural mexicano: los escritores son a la vez los principales receptores de la producción literaria.

En las publicaciones más recientes, aparecidas en los 90, se advierte un predominio de la vertiente crítica periodística, con la creación de gran número de revistas no académicas en cuyas páginas se repiten nombres compartidos por la mayoría de ellas, pues, a pesar de tratarse de una de las ciudades más pobladas del planeta, el número de escritores-lectores es bastante reducido en proporción. Hay que destacar la calidad de *Biblioteca de México* y *Memoria de papel*, publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes dirigidas por Jaime García Terrés y Patricia Urías Álvarez, respectivamente; la primera, abre sus páginas a la creación y crítica nacional e internacional, mientras *Memoria de papel* se centra en la producción artística mexicana contemporánea. *Periódico de Poesía*, dirigida por Marco Antonio Campos y publicada por la Coordinación de Humanidades de la UNAM, es una de las escasas revistas que prestan atención exclusiva a la poesía, tanto nacional como extranjera. *Milenium* y su continuadora *Vicerversa*, comparten objetivos: elaborar la crónica de la Ciudad de México, censurar y desmitificar el ambiente intelectual y abrirse hacia las culturas urbanas contemporáneas: cine, arte, rock... y temas no necesariamente culturales, como la política, el medioambiente y otras preocupaciones de la juventud mexicana de los noventa. *Tierra Adentro*, creada en 1974 por Víctor Sandoval desde la Casa de la Cultura de Aguascalientes para dar voz a los jóvenes creadores reunidos en torno a este centro cultural, inicia en 1990 una nueva época: Sandoval es nombrado Subdirector de Promoción Cultural del Instituto Nacional de Bellas Artes, y la revista se convierte en publicación bimestral, dirigida por Jorge Ruis Dueñas, y sirve de germen

para el Programa Editorial Tierra Adentro creado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes con objeto de promover la creación artística en la provincia, tradicionalmente marginada de la cultura en México. En sus páginas tienen espacio los jóvenes, y no tan jóvenes, escritores y artistas mexicanos del interior del país.

Este programa incluye, entre otros apoyos, subvenciones estatales para más de diez revistas independientes del interior de la República, entre las que destacan, por su calidad y difusión, *Tinta Seca*, de Cuernavaca, Morelos; *Guchachi Reza (Iguana rajada)* de Oaxaca; *Blanco Móvil* y *Azar*, de Chihuahua; *La Cachora* de Baja California; *El Centavo* y *Babel* de Morelia, Michoacán; *Trashumancia*, de Guadalajara; *Parva*, de Tabasco; *Sinapsis* de Chiapas o *Contraseña* de Durango. Entre los estados que cuentan con mayor número de revistas de calidad se encuentran Veracruz, Sonora, Estado de México, Baja California, Michoacán, Oaxaca, Sinaloa, Tamaulipas, Tabasco, Quintana Roo, Querétaro, Guadalajara, Chiapas, Tlaxcala, Campeche, Durango y Guanajuato, lo que refleja la importancia de este sector editorial en el país. A pesar del aumento considerable de publicaciones independientes del interior desde mediados de siglo, el peso cultural de la capital se deja notar sobre la difusión, aún no muy amplia, de estas publicaciones de provincia.

Capítulo aparte merecen los suplementos culturales de los periódicos en México, por tratarse de publicaciones especiales condicionadas por su periodicidad. Tradicionalmente, han desempeñado un papel fundamental en el ambiente cultural del país, especialmente desde los años cincuenta. Para Fernando Benítez, «resulta irónico que al hablar de la cultura mexicana se refieran a revistas de muy escasa circulación y no a los suplementos de los diarios que han sido los principales difusores de la cultura»⁵. Por sí solos, el ya citado «México en la cultura» y su continuador, «La cultura en México», fundados y dirigidos durante su mejor época por el propio Benítez, merecerían ser estudiados separadamente. Estas dos publicaciones reunieron en sus páginas a los mejores escritores y críticos de los años cincuenta y sesenta, constituyendo un rico testimonio de la importancia de estas dos décadas para el desarrollo de la cultura mexicana del siglo xx.

Baste aquí citar los nombres de los principales suplementos culturales que acaparaban el panorama cultural hasta finales del sexenio pasado, antes de que explotara la grave crisis económica que asola actualmente a este país y que ha motivado la desaparición o reestructuración de todas las publicaciones del medio editorial. Hay que destacar la importancia de unos cuantos durante los años ochenta y parte de los noventa. La «Jornada Semanal», suplemento del diario *La Jornada* dirigido por Fernando Benítez desde 1987 a 1989, relevado por Roger Bartra hasta finales del año pasado, y recientemente retomado por el escritor Juan Villoro, ha sido y sigue siendo una

⁵ Fernando Benítez: «El periodismo cultural», *La Jornada*, 11 de junio de 1993.

alternativa a la polarización que caracterizaba el panorama cultural de México en los ochenta. Bartra convirtió este suplemento en una verdadera revista, eso sí, de distribución semanal con el periódico. «Sábado», suplemento de *Unomásuno*, fundado y dirigido, cómo no, por Benítez, de 1977 a 1986, y desde entonces hasta la fecha, por Huberto Batis, el otro gran promotor cultural-escritor-crítico-periodista de la historia cultural de México en el siglo XX. «Sábado» ha continuado la línea propia de Batis: abrir paso a las voces nuevas. «Dominical», hebdomadario de *El Nacional*, es el sucesor de la «Revista mexicana de cultura», también fundada por Benítez en 1947; dirigido por Fernando Solana desde su aparición en 1990, en abril de 1994 pasó a cargo de Rafael Pérez Gay, miembro del grupo editorial de *Nexos*. Este suplemento se propuso, desde su creación, abrirse para no caer en los amiguismos, y prestar atención a la cultura mundial, al espectáculo, a la música, a las artes plásticas y el humor. «La cultura en México», tras su época de esplendor con Benítez (desde su fundación en 1962 hasta 1972, en que abandona la dirección), vive diferentes momentos álgidos con Carlos Monsiváis (etapa más comprometida políticamente, de 1972 a 1987), Paco Ignacio Taibo II, y Margarita Michelena. Desde 1991 está bajo la dirección de Ignacio Solares.

Para concluir, no podemos olvidar la existencia de otros suplementos dignos de mención, aunque sin la continuidad y nivel de los anteriores, quizás a causa de su «juventud». «El Semanario» del diario *Novedades*, fundado en 1982 por Eduardo Lizalde, será dirigido desde el año siguiente hasta ahora por José de la Colina, quien ya antes había colaborado en «México en la cultura», «La cultura en México» y «Sábado». «El Búho», nuevo suplemento de *Excelsior*, será dirigido por el escritor René Avilés Fabila desde su aparición en 1985 hasta nuestros días (el anterior, «Diorama de la cultura», fundado a finales de los cuarenta, vio truncada su existencia tras el conflicto que llevó al director del diario, Julio Scherer, y al director del suplemento, por entonces Ignacio Solares, a abandonar el periódico y fundar el semanario *Proceso* en 1976).

Los fundados más recientemente, «Comala», de *El Financiero*, y «El Angel», del diario *Reforma*, tienen en común además su alto nivel de calidad. Desgraciadamente, «Comala», creación de Humberto Musacchio, sólo logró sobrevivir cincuenta números (febrero de 1993 a enero de 1994), pero en sus páginas han quedado algunas de las colaboraciones periodismo-literatura más fructíferas de esta última década. En cuanto a «El Angel», es, desde su aparición en noviembre de 1993, una de las publicaciones periódicas culturales más cuidadas en fondo y forma en el México de hoy.

De esta proliferación de suplementos parecería desprenderse un panorama esperanzador. Sin embargo, cantidad no implica necesariamente calidad, aunque una oferta variada facilita encontrar textos de alto nivel. Los propios escritores-editores coinciden en afirmar la necesidad de una mejor preparación para los periodistas culturales, aunque no coinciden en el nivel

de especialización deseado para éstos (para algunos, es preferible conocer uno poco de todos los ámbitos artísticos para poder escribir sobre cada uno de ellos; otros abogan por un profundo conocimiento de un solo tema sobre el que se deberá comentar). Las escuelas de periodismo son, según estos editores, de baja calidad, y no permiten al alumno aprender la práctica del oficio. Esta debe aprenderse ejerciendo.

Los suplementos culturales de los diarios están ocupando así un lugar importante en el panorama editorial mexicano, aunque ninguno, por sí solo, alcanza el nivel de calidad que caracterizó a «México en la Cultura» en los años cincuenta, o a «La cultura en México», en los sesenta. Hoy la competencia es mayor: los colaboradores deben dividirse entre los, hasta hace unos meses, numerosos suplementos fuertes del país. Ahora, inmersos en una grave crisis económica y en una gran inquietud social, la situación de estas publicaciones periódicas, al igual que la de las revistas, y probablemente los libros, está constantemente amenazada, y reina la incertidumbre acerca de su futuro.

El complejo mundo de las publicaciones periódicas actuales mexicanas es reflejo, una vez más, de la realidad socio-cultural en que aparecen. Un acercamiento superficial ya revela su importancia, y suscita múltiples vías de estudio a medida que nos vamos adentrando en su investigación.

YOLANDA VIDAL LÓPEZ-TORMOS

Universidad Complutense